



Relato de ficción

Por Angel de Pablo

El jorobado de San Martín

Corría el año 1789, transcurridos algunos días de su séptimo mes. Un mes caluroso como casi todos los años. Un mes en el que el trabajo se multiplica, un mes en el que trabajar de sol a sol supone dos tercios del día. Un mes en el que el dorado se va adueñando de las piezas que vemos enfrente, pero también a la derecha, y la izquierda y también detrás de donde nos encontramos. Días en los que la siega y la trilla y posteriormente la molienda mantendrán ocupados a gran parte de la gente de este pueblo. Gente que vivirá frenéticamente durante unos días para después desatar la alegría con la celebración de las fiestas a mediados de agosto.

Pero no todo el mundo en el pueblo vive estos días con la misma intensidad y alegría. Alrededor de la Iglesia parroquial de San Martín hay algunos huertos a los que últimamente les falta alguna hortaliza, incluso los frutales han sido despojados de sus frutos en más de una ocasión, parece ser que todo empezó en el tardío pasado y los que hacen estos huertos andan con la mosca detrás de la oreja. También el párroco anda mosqueado porque el vino de la sacristía parece que se evapora, al igual que las hostias de comulgar; los monaguillos lo niegan todo, claro está. Para más inri, algunos días ha creído ver alguna sombra moverse hacia la torre, pero, de momento, no ha logrado descubrir nada. Y es que el párroco se encuentra estos días embelesado contemplando las pinturas que se acaban de pintar en el techo de la sacristía.

Las preocupaciones de los hortelanos y del párroco son de pichinabo si las comparamos con las de Bernardo y Manuela. Su hijo mayor desapareció misteriosamente durante la celebración de las fiestas del año anterior y no han vuelto a tener noticias suyas. Nadie en el pueblo lo ha vuelto a ver, bueno, en realidad esto no es del todo exacto, alguien ha visto su sombra merodeando por la torre de la iglesia aunque no esté seguro de si es una sombra o una imaginación. Todo ocurrió hace casi un año. Nicolás llevaba mucho rato intentando bailar con Águeda, una hermosa joven que lo volvía loco desde que era un moquila, pero no encontraba la ocasión, vamos que no se atrevía por temor a una negativa. Para él era un enguero todo aquello y como no se decidía, otro lo hizo por él. Apareció un joven alto y guapo que bailó con ella toda la noche. Era demasiado para Nicolás y como, sacante Águeda, las demás chicas no le interesaban, desapareció, no pensaba hacerlo para tanto tiempo pero los derroteros de la vida llevan por caminos insospechados.

Ya hacía unos meses que el jorobado de San Martín vivía en la torre de la iglesia, era la sombra que había creído ver el párroco. No tenía ningún defecto físico, pero estaba muy jorobado por lo que le había acontecido y con ese nombre sería conocido. Estuvo un tiempo escondido en el payo de su casa con idea de salir en cualquier momento, pero con el paso del tiempo y las vueltas que le daba a la cabeza no se decidía. A punto de ser descubierto lo intentó en una teña abandonada, pero también tuvo que irse de allí. Hasta que encontró su nuevo hogar, la torre de la iglesia de San Martín. Podemos llamarle hogar porque ya iba para nueve meses los que allí llevaba, durmiendo en la parte baja de la torre, arropado con una manta que había distraído de un balcón una noche mientras todos dormían. Salía de madrugada para conseguir algo de alimento en los aledaños de la iglesia, este año pocas aves nacieron por allí. Además de comerse los huevos, llegó a cazar algunos pajarillos e incluso conejos con una honda fabricada con cuero viejo. Al principio del verano las mayatas, en otoño amizcles y maguillas, cualquier alimento venía bien para completar la dieta.

Desde la torre veía pasar, por el camino extramuros del pueblo que conducía al Puerto de Piqueras paralelo al río Iregua, a grupos de soldados, carretas, jinetes solitarios, todos iban a algún sitio. Durante todos los meses que pasó en la torre pensó una y mil veces en irse de allí. Se iría y algún día no muy lejano volvería rico y famoso. Entonces ella lo valoraría y se enamoraría locamente de él. También arreglaría la torre, su hogar, que buena falta le hacía porque habían pasado muchos años desde su construcción, y le colocaría un bonito capitel que le diera porte y majestuosidad. Pero no se decidía, mañana se iría, pero mañana no llegaba. Sin embargo, el paso del tiempo no le permitió saber que, quizá, en él se inspiró Victor Hugo años más tarde para escribir Notre-Dame de París o el Jorobado de Notre-Dame. Ni tampoco para ver el capitel colocado en la torre casi cien años después.

Nicolás vivía en la torre inmerso en sus pensamientos, salía a por alimentos o a beber agua en la fuente nueva que habían construido unos años antes junto con el lavadero. Los días de misa, que ya tenía controlados, se escondía en lo alto del campanario para ver pasar a Águeda, el resto de los días casi no la veía. Un día decidió que por fin mañana se iría, por fin se había convencido, aunque, por otra parte, todos los días se decidía. Concentrado en sus pensamientos y ajeno a lo demás, a punto estuvo de ser descubierto, alguien estaba abriendo la iglesia y no era día de misa. Rápidamente subió las escaleras hasta el campanario y desde allí vio como empezó a venir gente, algo ha pasado, pensó. Unos minutos más tarde llegaba una reluciente mujer vestida de blanco, al acercarse más la reconoció. El mundo se le vino encima. Minutos más tarde, cuando todo el mundo estaba colocado en su sitio y se hizo el silencio para que el cura comenzara a hablar, se oyeron unos acompasados toques de campana cada vez más espaciados y menos audibles. Mientras en el exterior un cuerpo queda colgado de la cuerda de la campana, en el interior la ceremonia continúa.

FIN